

## La amargura de un periodista liberal en forma de diario



### **MEDITACIONES EN EL DESIERTO**


Gaziel. 267 páginas.  
Destino. Imago Mundi.  
Precio: 19 euros.

Gaziel era el seudónimo del periodista Agustí Calvet, nacido en Sant Feliu de Guixols, en 1887, y fallecido en Barcelona en 1964. Este libro recoge una serie de impresiones, de la España franquista, repletas de amargura y decepción. Fue Gaziel un furibundo antifranquista y esta cualidad es la única que le permite en algunos pasajes liberar su sentido crítico cuajado de ironía. La misma fina ironía que desplegó años antes cuando era la República el blanco de sus sarcásticos comentarios en forma de artículos de opinión.

Dice Gaziel que no anidaba en su ánimo la publicación de sus meditaciones en forma de libro. Pero es difícil escribir solamente para el propio regocijo y al final venció, afortunadamente, el espíritu de escritor público que caracterizó su vida de práctica del noble oficio. Era, en cierto modo, un analista político con ciertos e indisimulados tintes de visionario. Y un acusador permanente de la clase política. Arremetió con dureza en contra de la República del 31, lanzó diatribas envenenadas contra los republicanos y contra los franquistas, sí; pero nunca llegó a reconocer, con posterioridad, la satisfacción con la que acogió el advenimiento de la Dictadura de Primo de Rivera. Algo incomprendible si se analiza su clarividencia y su arraigado sentido clasista y liberal. Porque esta era la etiqueta, liberal, que él mismo se adjudica en cuanto se le presenta la ocasión. Un liberal de hechuras decimonónicas, un liberal del más puro estilo canovista. Fue, tal como se plasma en este li-

bro, terriblemente duro en el juicio de algunos de sus contemporáneos, a los que no duda en sacudirles sin benevolencia alguna, tal como es el caso de Josep Massip, un izquierdista convencido, acérrimo partidario, según Gaziél, de Companys, que se adecuó perfectamente a la vida bajo el yugo franquista. O como Augusto Assía, al que trata con cierto respeto intelectual pero al que no duda en calificar, igualmente, de franquista y del que airea problemas conyugales propiciados por el hecho de haber estado casado, y bien casado al parecer, con tres mujeres al mismo tiempo.

Era Gaziél clasista y elitista y prefería una dictadura antes que el desorden político: “Un país”, dice, “no puede ser dirigido políticamente sin una minoría que lo lidere: tanto si trata de la más perfecta democracia como de la dictadura más fuerte. No ha habido ni podrá haber nunca dirección por abajo, desde la masa”. Para Gaziél, estaba claro que era a la burguesía española a quien correspondía dirigir los destinos del país y al no haber sabido asumir el papel director que le correspondía, en su opinión, también fue objeto, la burgue-



Gaziél fue terriblemente duro en el juicio de algunos de sus contemporáneos, a los que no dudó en sacudirles sin benevolencia alguna.

sía de algunas de sus más punzantes diatribas. Fue catalanista pero pasado el tiempo deja traslucir en sus escritos anteriores y muchos de los incluidos en este libro un resentimiento hacia el catalanismo.

Pero no sólo arremete contra la burguesía. También lo hace contra la llamada intelectualidad que, como muchos otros, también se adecuó a la tranquila convivencia bajo la dictadura de Franco: Marañón, Pérez de Ayala, Azorín e, incluso, Ortega y Gasset hacia quien lanza algunos de sus dardos más envenenados. Cuando este último pretendió, en 1948, constituir una

especie de centro de estudios Gaziél asistió a la conferencia de inauguración. Ortega estaba en un estrado bajo un retrato de Franco y de un lema que rezaba: “José Antonio, presente”. El mordaz Gaziél no puede reprimir la grima que le causó tal estampa y dice: “Ayer la figura de Ortega, ya viejo, conformista, acomodaticio, tratando aún de construir con fuegos de artificios verbales un ‘Instituto de Humanidades’, ante un público de burgueses desorientados, pudientes y cobardes, en el fondo nada más que unos *bons vivants*, y bajo una oleogra-

fía barata de Franco coronada por el lema de la Falange, francamente, era un espectáculo para echarse a llorar”.

El perspicaz Gaziél ya aventura un mundo donde el imperialismo de Estados Unidos asumiría el poder en el mundo. Y tal cosa le molestaba tanto como molesta ahora a muchos ciudadanos confiados en la democracia occidental. Ya advierte, el periodista catalán, que llegará un día en el que Europa estará sometida a los bastardos intereses de la potencia americana.

Algunas de las citas incluidas en el libro son memorables y hubieran reconfortado a muchos de los voceros pendencieros que pululan por los medios de comunicación españoles. Por ejemplo: “España castellana y república democrática son cosas realmente incompatibles”; “La república es el mayor ‘timo’ que los catalanes hemos hecho, en una especie de venganza involuntaria, a la España castellana”; “Cataluña es pequeña y débil ante la España castellanizada. Por eso hemos tardado siglos en poder hacer que se vuelvan las tornas y levantarnos de nuestro abatimiento”. Y así sucesivamente.

Siempre ha habido, como mínimo, un punto de resentimiento en este Gaziél, abrumado por la situación política, ya apenas esperanzado y tan acomodado en su liberalismo trasnochado como cualquier otro de sus criticados. Pero a Gaziél se le puede disculpar. Al menos, ensalzaba a Voltaiere y a Shakespeare.

## El tornado de las imágenes frente a los periodistas



### **SOBRE LA TELEVISIÓN**

Pierre Bourdieu. 144 páginas. Compactos Anagrama. Precio: 6 euros

No es de extrañar que el mundo de la comunicación en Francia temblase cuando escuchó las palabras del sociólogo Pierre Bourdieu. Éste salía por la televisión en 1996 en dos ocasiones desde el Collège de Francia, donde impartía clases, para presentar las conclusiones de sus investigaciones sobre los medios de comunicación. Hoy, tres años después de que Bourdieu falleciese, Anagrama vuelve a reeditar aquellos dos discursos en un breve libro bajo el título *Sobre la televisión*. “Incurro de lleno en el utopismo y soy consciente de ello”, afirma en un momento de su discurso el sociólogo, tras explicar que la meta deseable sería conseguir una alianza y un compromiso entre los medios con fuerza suficiente para “vetar a ciertas personas y ciertos temas”. Paradójico y llamativo resulta que con aquellas palabras Bourdieu lograra su objetivo, pues su crítica de los medios provocó tanta polémica en Francia que los principales periodistas del país se unieron para criticarle.

En realidad, como bien indica el

título bajo el que se agrupan sus dos discursos, el sociólogo pone su punto de mira en la televisión, pero va más allá hasta el conjunto de los medios franceses, incluyendo los grandes diarios de pago, para hablar de una realidad mediática alterada por la televisión. Para Bourdieu, el panorama de los medios es un tornado. En el centro del mismo gira la televisión ejerciendo una fuerza centrífuga que arrastra fácilmente a periodistas y productores culturales y que también consigue hacer que sigan su estela el resto de medios. Este fenómeno no tendría porque ser malo, salvo porque desde el comienzo de su narración ya deja claro el autor que “la televisión pone en peligro las diferentes esferas de la producción cultural, la vida política y la democracia”.

En las ideas de Bourdieu hay dos bloques diferenciados que es necesario entender por separado. En el primero es la televisión la que se tumba en el diván para ser analizada: cómo funciona, a qué responde, qué limitaciones tiene... En el segundo, la televisión se convierte en referente de la sociedad y son el resto de medios los que pasan la criba: cómo responden a la televisión, qué efectos se pro-

Para Bourdieu la televisión ejerce una fuerza centrífuga que arrastra fácilmente a periodistas y productores culturales, así como al resto de los medios.

ducen, qué peligros corren... Ésta segunda parte no se comprende si no se conoce antes cómo ve Bourdieu la primera, sobre todo por la feroz y nada desacertada crítica que hace.

Basta una frase para verlo: “La televisión es un colosal instrumento de mantenimiento del orden simbólico”. El profesor francés plantea su crítica en torno a la idea de que un medio que hubiera podido favorecer a la democracia se está convirtiendo en todo lo contrario, en un arma de doble filo que la perjudica. Porque la televisión, y lo repite continuamente, “está constreñida”. Son tan fuertes las limitaciones a las que está sometida que termina por ser casi una cortina de humo. Y lo peor es que esas fronteras vienen impuestas, e incluso autoimpuestas, desde diferentes ámbitos.

Por un lado está el medio, su técnica y sus formas. Denuncia Bourdieu que la información en la televisión debe su importancia a la palabra, que será la que dé un sentido u otro a las imágenes. De esta manera, se trabaja “buscando palabras para dramatizar y dar tragedia a las imágenes”. Si esto fuese simplemente así, se tendrían informaciones exageradas, emociona-

das o más impactantes, pero se tendrían informaciones. Sin embargo, esto es un aspecto más que se une a otros, como que la televisión, en su afán de llegar al máximo número de gente posible, tiende a evitar cualquier tipo de problema y a situarse en una posición neutral y anodina, para no ofender a nadie. De esta manera se evita tocar temas polémicos y más importantes y se recurre cada vez más a ocupar los espacios con informaciones de sucesos, deportes y temas ligeros que “interesan a todo el mundo” pero que realmente no aportan información útil alguna y que están robando tiempo a informaciones que sí afectan a la sociedad.

Este trabajo está, a su vez, realizado por periodistas que también se autolimitan. Los problemas de la profesión, con empleos precarios y, como los califica irónicamente y acertando plenamente Bourdieu, “ejércitos de aspirantes” esperando a cada puesto, hacen que el periodista sea cada vez más conformista y ceda a ciertas formas de trabajo y a la presión insistente y limitadora de los índices de audiencia, independientemente de la calidad del trabajo. Y todo esto sin contar las posibles ‘exigencias’ que lleguen de fuera, pues las televisiones son empresas pertenecientes a grupos empresariales que tienen demasiados intereses económicos y en demasiados sectores como para poder mantener la imparcialidad debida y deseada.

Así explica este reconocido intelectual los mecanismos de la televisión. Aunque la parte más interesante de su análisis está en el efecto que tiene este medio sobre el resto. Para representarlo, Bourdieu emplea el concepto “circulación circular”, que en el terreno de la comunicación significa que todos los medios se retroalimentan, pues se someten a marcajes tan estrictos unos a otros que se van, sin saberlo o sin importarles, imponiéndose la actualidad unos a otros. Es decir, que si un periódico como *Le Monde* habla sobre un tema, el resto de periódicos lo harán. Y viceversa.

Esto no es nuevo. Todos los periodistas leen los periódicos y escuchan o ven los informativos de radio y televisión todos los días. Sin embargo, el análisis del profesor francés, a pesar de que habla de circulación circular, rompe el círculo para trazar una línea recta. En ella, la televisión está al comienzo y a continuación el resto de medios. Y ése es el problema. La televisión llega a tanta gente y tiene tanto poder –“salir en televisión es ser”– que la prensa escrita “sucumbe” a ella. “Crecen los espacios de televisión en los diarios, los periodistas quieren ser citados y aparecer en la televisión y la televisión marca la agenda de la actualidad”, afirma Bourdieu, para sentenciar que “en la circulación circular el peso de la televisión es determinante”. Para quien piense que esto no es así, sirva la ecuación que propone el sociólogo: si un

tema sale en una televisión, al día siguiente estará en los diarios; pero si un tema sale en un diario, ¿al día siguiente estará en las televisiones? Y ante todo esto, se pregunta Bourdieu, ¿qué debe hacer la prensa escrita: ¿seguir el camino y las formas de la televisión o desmarcarse completamente y adoptar la postura contraria? El debate sigue abierto.

## Cómo hacer un reportaje según un admirador de Chéjov



### UNOS BUENOS ZAPATOS Y UN CUADERNO DE NOTAS

Antón Chéjov con edición de Piero Brunello. 182 páginas. Alba Editorial. Precio: 14,90 euros.

La autoría de este libro no queda muy claro si hay que adjudicársela al cuentista ruso Antón P. Chéjov o a Piero Brunello. El primero escribió un libro titulado *La isla de Sajalín* y el segundo, recogiendo diversos capítulos y párrafos del libro, así como algunas cartas de Chéjov a sus editores, estructura una especie de manual para la elaboración del reportaje periodístico. Una idea original un poco forzada a veces y sustentada, sobre todo, en la admiración de Brunello hacia el escritor ruso que viajó a la citada

isla con la pretensión de elaborar, basándose en sus experiencias en ese lugar de condenados, en el extremo de Siberia, su tesis doctoral en Medicina. El libro no fue aceptado como tesis y fue censurado.

Brunello, apoyándose en los textos referidos, expone una serie de consejos para la escritura de un reportaje. Todo le sirve para la elaboración de su manual: los preparativos del viaje, la organización de los documentos, el viaje, los paseos de Chéjov, sus charlas, sus investigaciones y, por supuesto, sus conclusiones.

De algunos párrafos de la correspondencia epistolar de Chéjov, Brunello concluye que para iniciar con buen tino el reportaje es muy saludable cambiar de aires y viajar sin pensar en escribir, o que hay que desentenderse de la crítica ya que no es necesario rendirle cuentas sino seguir los dictámenes de la conciencia propia. También es conveniente hablar con los amigos para “aclarar los motivos y fines de la búsqueda intercambiando opiniones con personas próximas”.

De otra de las cartas, en la que Chéjov comenta a su interlocutor que se pasa el día leyendo y haciendo resúmenes y en la que añade “en mi cabeza y en mis papeles sólo hay espacio para Sajalín”, Brunello ensalza la importancia de leer y resumir y así dice que hay que buscar publicaciones y confeccionar fichas; pedir ayudas y préstamos de libros; leer de todo, pero desentenderse de los escri-

tos que no aportan datos fehacientes.

En la segunda parte del libro cuyo epígrafe principal es 'Encuesta' hay un primer apartado intitulado 'Requisitos' en el que, entre otras cosas, dice Chéjov en una carta dirigida a su esposa: "En mi opinión, es mejor andar descalzo que con unas botas baratas. ¡Imagínate mi martirio! A cada momento tenía que apearme del coche, sentarme en la tierra húmeda y quitarme el calzado para aliviar un poco los talones". Evidentemente para elaborar un buen reportaje constituyen requisito indispensable unos buenos zapatos o, lo que es lo mismo para Brunello, "no ahorrar en las botas".

De otras líneas del libro de Chéjov referidas a ciertas anotaciones hechas por el escritor en la libreta que llevaba a todas partes se evidencia, naturalmente, que para hacer un buen reportaje también es necesario un cuaderno de notas. "Tener siempre un cuadernillo en el que anotar datos, observaciones, modos de decir, y en el que transcribir declaraciones y eventuales entrevistas". No está mal la recomendación. Esta y la anterior se supone que son si no las más importantes, dos de las más importantes aseveraciones para iniciar, con buen pie, claro, el reportaje. Tanto que han dado título al libro.

Los consejos son muchos, variados y curiosos. Por ejemplo: no dejarse vencer por las dificultades ni por el miedo o lo imprevisto; estar dispuestos a reconsiderar opiniones basadas

en lecturas y en expectativas; no planificar demasiado ya que, a veces, ponerse en manos del azar puede revelarse útil, sobre todo si no conoce el lugar; aceptar invitaciones (tal como la vida misma), ir a comer, observar el mobiliario, escuchar los discurso de los invitados y participar en la conversación, caminar, hacer excursiones, ocuparse de actividades prácticas, participar en las fiestas, asistir a una boda, visitar un cementerio, hacer reconocimientos, en fin una vida llena de los placeres y aficiones de los periodistas en plan *boy-scout*.

Hay un capítulo dedicado a la objetividad en el que se dice que hay que indicar las fuentes, tema de machacona actualidad. Y a tal respecto Brunello manifiesta que hay que "decir de dónde se extraen las noticias y precisar si se tiene un conocimiento directo. Emplear las notas para: indicar las fuentes de las noticias; remitir a estudios específicos a quien quiera profundizar en ese tema; dar datos biográficos de un personaje; relatar episodios o detalles que podrían recargar el texto; expresar un juicio crítico sobre una publicación". Y todo ello lo deduce de una de las magníficas descripciones que hace Chéjov de un lugar desconocido y abrupto. Es claro que se aprende de todo y de cualquier cosa. Si además se posee imaginación, como Brunello, para aplicarlo a la didáctica enseñanza, mejor. Esto es lo que se llama rizar el rizo, pero bueno, todo sea por aprender.

Ignoro si ahora los periodistas llevan un buen calzado para adentrarse en las turbulencias reporteriles. Quizá en estos tiempos de comodidad no hagan falta unos buenos zapatos, pero lo que sí les vendría bien a la mayoría es leer a Chéjov y si no, al menos, este libro. La propia superficialidad de algunos de sus capítulos lo hace cómodo de leer. Y los consejos de Brunello, en unos cuantos casos obvios y propensos al sarcasmo son de aprovechar, al menos por los principiantes o los engreídos, que son muchos.

## El aprendizaje del oficio de periodista en otros tiempos



### EL ARTE DEL PERIODISTA

Rafael Mainar. 232 páginas.  
Destino. Imago Mundi.  
Precio: 17 euros.

¡Qué maravilla de libro! Escrito en 1906. Cuando el periodismo era otra cosa. A pesar de los años transcurridos, un siglo nada menos, la vigencia, teórica, de la obra de Mainar es total. La lástima es que ese periodismo ya no existe. Mainar concebía el periodismo como un oficio puramente vocacional y concebía el ejercicio del periodismo como un continuo aprendizaje donde primaban la actualidad, la veracidad y el contras-

te de la información. Ahora, desgraciadamente, priman los intereses de los grandes grupos mediáticos a los que someten, mansamente, los ejicientes de la transmisión de la información.

Rafael Mainar fue redactor de unos cuantos periódicos, colaborador de otros tantos, corresponsal de algunos otros y director de *La Tribuna*, un periódico de los de antes. Cuando falleció, en enero de 1929, trabajaba en otro histórico, *El Noticiero Universal*. Fue de los primeros periodistas que aceptó el periodismo como industria, es decir, preveía que los medios para su supervivencia debían de pertenecer a un potentado dispuesto a arriesgar su dinero vendiendo información. Tenía muy claro que los periódicos de partido, muy en boga entonces, tenían sus horas contadas, como así fue. Pero concebía la información como se concebía antaño, sin censuras, sin cortapisas, con fuentes fiables y contrastables

En el libro repasa, con una frescura literaria encomiable, cómo se debía escribir y cómo se debía producir; cómo debía de ser el organigrama de un periódico, qué necesidades económicas eran indispensables y con cuánta se debía de contar para que el producto llegara a buen fin. Habla de linotipias, de las galeradas, del gran invento que supusieron las rotativas, de los tipógrafos, de caja alta y caja baja y del rataplán, ese resumen de primera página en el que incide el pro-



loguista, Juan Luis Cebrián, a quien le sorprendió muy gratamente encontrarse con la palabreja, hace años abandonada.

Hay un párrafo en el capítulo V, titulado 'La Actualidad', en el que Mainar expone con tanta gracia como acierto, su concepción de la actualidad: "Escribimos este capítulo", dice, "en primero de mayo, día de la fiesta del trabajo. La actualidad sería... dejarlo en blanco; pero la actualidad para el periodista, las más de las veces, es una contradicción; todas, una tirana. La actualidad es el cómitre cuyo rebenque azota sin cesar, estimulando a la labor, a los remeros que, amarrados al banco de las galeras de la prensa, empujan las naves adelante". No se puede ser más gráfico, desde luego.

El libro constituye una magnífica lección de periodismo, y no sólo para los que empiezan. En estos tiempos en los que son tan usuales las falaces, y en absoluto comprometidas, expresiones de 'fuentes fidedignas' o 'fuentes cercanas a...' o 'fuentes solventes' o cualquier otra insolvente carajada, Mainar adquiere toda su vigencia cuando dice: "Lo que no es eufónico, ni casi correcto, es el abuso del "se dice...", "hemos oídos asegurar...", "circulan rumores..." ( los equivalentes a las absurdas expresiones de hoy). Esas formas, continúa Mainar, de afirmar sin afirmación, y sobre todo, sin responsabilidad, suelen ser veladuras de la insidia, que no es

lo mismo que la intención. Santo y bueno que al dar las noticias se diga lo cierto como cierto y lo dudoso en duda; pero no que se ponga una tapadera a lo insidioso". Simplemente genial.

Los tiempos de Mainar eran aquellos en los que el reportero, en el enfrentamiento liberal-carlista, comenzaba la batalla infiltrado en un bando y la finalizaba en el contrario proporcionando a los lectores informaciones de primera mano de ambos contendientes; o en los que otro reportero se hacía pasar por camarero, situación explotada hasta la saciedad por el cine, para poder acceder a un banquete de obispos durante la celebración del primer congreso católico en Zaragoza donde la entrada a personas ajenas a la reunión estaba prohibidísima. Eran otros tiempos indudablemente. Eran tiempos de periodismo.

En otro momento dice Mainar: "Creemos en la información y en la fuerza de la prensa de información; dudamos y estamos muy cerca de negar la de la prensa de opinión. Para ésta, y para nosotros, es positivamente más útil dar impresiones que dogmatizar en juicios; pero si esto quiere hacerse, vengan especialistas que lo hagan, y si el espectro de la latosidad aparece y el lector huye, culpa será de haber desconocido el que el periódico no es un libro, ni buena mezcla la de informaciones y técnicos discursos". Tomen nota. 